

PRESENTACION

Los estudios literarios en América Latina viven desde hace algunos años una etapa de profunda revisión de sus métodos, funciones y objetivos. No se trata sólo de adecuar su estatuto a las exigencias contemporáneas del quehacer intelectual –cosa de suyo necesaria y urgente– sino de buscar una redefinición de los objetivos mismos que han servido de fundamento a su ejercicio, a fin de establecer la función que deberían cumplir estos estudios dentro de un proceso de afirmación e identificación cultural en América Latina.

Situar los estudios literarios en función de las necesidades del desarrollo cultural e intelectual del Continente es la mejor vía para garantizar su legitimidad y establecer su pertinencia en las actuales circunstancias históricas que vivimos. Esto mismo es lo que posibilita un enjuiciamiento crítico objetivo y una valoración adecuada de los aportes de la tradición crítica e historiográfica que se pretende superar o enriquecer. La tarea de contribuir al conocimiento de nuestro proceso cultural ennoblece el ejercicio de la investigación, la crítica y la docencia y la convierte en una necesidad intelectual de nuestros tiempos, a la vez que le otorga un sentido concreto a la disciplina y su práctica en el urgente aquí y ahora de nuestra América.

El número monográfico que ahora ofrecemos, dedicado al estudio de la producción vanguardista de los años 20, pretende, precisamente, contribuir al conocimiento de un aspecto que aparece relativamente soslayado en los estudios de conjunto sobre nuestra literatura contemporánea.

La contemporaneidad –la Epoca o la Edad Contemporánea– presenta en América Latina características que si bien la homologan al proceso de conjunto de la humanidad en esta etapa, ilustran también su condición de variable histórica específica. Nuestra América –rescatando la expresión martiana– vive su ingreso a la contemporaneidad no como un simple reflejo pasivo de los cambios y alteraciones que se producen en los grandes centros hegemónicos mundiales, sino como un proceso dialéctico en el que desempeñan importante función las condiciones internas de su propia evolución económica, social, política y cultural.

Los inicios de nuestra literatura contemporánea no pueden históricamente determinarse sin tomar en cuenta este conjunto de factores, que son los que permiten que la expresión “literatura contemporánea” deje de ser una denominación abstracta, lábil y vaporosa para significar concreta y sencillamente la literatura de la época contemporánea. En tal sentido, los comienzos de nuestra literatura contemporánea se encuentran en el profundo proceso de renovación artística que, sobre todo a partir del término de la Primera Guerra Mundial, se manifiesta en todo el Continente, proceso que se articula al impulso contestatario y transformador que en esos años sacude todos los aspectos de la vida social, política y cultural de América Latina.

Si tratamos de superar la visión atomizadora para examinar en conjunto ese período, podemos darnos cuenta de que una serie de fenómenos, como el fortalecimiento y avance de las capas medias y el proletariado, el acelerado crecimiento de los centros urbanos, el ingreso a la vida política de partidos reformistas y revolucionarios que amagan seriamente el tradicional predominio de las organizaciones oligárquicas, la formación de sindicatos clasistas, el cuestionamiento de las orientaciones y prácticas de la enseñanza tradicional —pensemos en el movimiento de Reforma Universitaria—, etc., no pueden verse como hechos aislados y casuales sino que forman parte de un proceso amplio y generalizado que ilustra en América Latina la etapa histórica que a nivel mundial señala el término de una época (la Moderna) y los inicios de otra (la Contemporánea).

En nuestro Continente, la producción literaria de esa etapa renovadora puede ser comprendida globalmente como Post-Modernismo, puesto que se encuentra en gran medida signada por la reacción crítica contra el Modernismo rubeniano y sus epígonos. Esta renovación Post-Modernista, sin embargo, no puede verse como una actitud compacta y homogénea, puesto que no tiene un solo cauce ni es unitario sino plural su proyecto de conjunto. En términos generales, es posible determinar dos polaridades extremas dentro de las cuales se podrían situar y organizar las diversas manifestaciones que matizan el abigarrado y heterogéneo conjunto de la renovación literaria de esos años: por una parte, la producción que, utilizando el término propuesto por Francisco Contreras, podemos denominar Mundonovista; por la otra, la variada gama de literatura experimental que puede englobarse como producción Vanguardista.

Mundonovismo y Vanguardismo pueden ser considerados como dos polos de una aparente dicotomía que ofrece la renovación literaria Post-Modernista en los años 20. Sin embargo, sería un error pensar que todas y cada una de las obras que consolidan la renovación Post-Modernista tengan que encasillarse estrictamente en una u otra tendencia. Estas polaridades no deben ser utilizadas como guía para “clasificaciones” y taxonomías maniqueas o excluyentes; hay que considerarlas simplemente como abstracciones instrumentales, metodológicas, que nos permiten determinar las principales líneas de fuerza que actúan en el interior del proceso literario de esos años. Mundonovismo y Vanguardismo se muestran más bien como dos tendencias encauzadoras de un mismo impulso re-

novador, por lo que puede observarse que si bien difieren en sus preferencias temáticas o lingüísticas, coinciden en su rechazo al énfasis, el sentimentalismo y la retórica conuscante del Modernismo epigonal. Esta unidad de origen en su impulso renovador es lo que explica que, aparte de algunos casos extremos e ilustradores, en las obras concretas estas tendencias no siempre se excluyen de modo antagónico y hasta suelen imbricarse y contaminarse mutuamente. Y es esta condición la que contribuye a caracterizar tanto el perfil propio de una y otra tendencia como la fisonomía de conjunto del Post-Modernismo literario de los años 20.

La consideración estrecha y unilateral del Post-Modernismo que ha predominado en la historiografía y la crítica literarias tradicionales ha llevado, sin embargo, a que el estudio de ese período se haga fundamentalmente a base de la producción literaria que se asimila al Mundonovismo, descartando o relegando a segundo plano la narrativa y la lírica de Vanguardia, que es la que ofrece el aspecto más iconoclasta, experimental y polémico de la renovación. De esta manera, todo un amplio y rico venero fermentador de la actual literatura latinoamericana ha ido quedando relativamente al margen de los estudios de conjunto sobre ese período, puesto que, en general, se tiende a considerar el Vanguardismo literario de esos años como una manifestación exógena (un simple epifenómeno de la literatura europea de la primera postguerra), reducida a ciertos brotes aislados, dispersos e inconexos dentro de la poesía lírica, sin articulación al conjunto y sin raíces ni proyecciones valederas en la evolución literaria posterior.

Esta situación, que en la práctica mutila y distorsiona la fisonomía de nuestra literatura contemporánea, permite ilustrar de algún modo las debilidades e insuficiencias que presentan los estudios literarios tradicionales en relación a su capacidad de contribuir al conocimiento pleno y autenticador de nuestra cultura. Ocurre que tanto la historia como la crítica literarias se han alimentado casi exclusivamente de las obras "consagradas" (consagradas por el gusto tradicional y dominante), dando por supuesto que ellas son la literatura, y a partir de esa selección se diseña el campo de los estudios literarios. De allí que una de las tareas necesarias y apremiantes que se plantean a los nuevos estudiosos de nuestra producción literaria y cultural sea el rediseñar su propio campo de trabajo, ya que el que actualmente se ofrece ha sido establecido por un proceso de selección histórico-social que expresa más los intereses estéticos de los sectores hegemónicos que la realidad compleja de nuestras letras.

El número monográfico que ahora ofrecemos, por consiguiente, se articula a esta búsqueda renovadora de los estudios literarios en función del conocimiento de nuestra realidad. Las mismas limitaciones que tiene y su carácter parcial e incompleto le quitan cualquier pretensión de exhaustividad y subrayan su mayor objetivo: el incentivar la investigación y el estudio de una realidad cuyo conocimiento consideramos de fundamental importancia para comprender históricamente el carácter de nuestra literatura contemporánea.